

CAPÍTULO 1

**LAS COSAS POR SU NOMBRE, PERO...
¿CUÁL ES EL NOMBRE DE LAS COSAS?**

Los lenguajes de la sexualidad

Para hablar de sexo existen tres vocabularios diferentes: el científico, el eufemístico y el popular.

El primero coincide aproximadamente con la subespecie del lenguaje moral o educado y consiste en los nombres “oficiales” de los órganos que intervienen y de sus funciones, válidos por igual en todos los países hispanohablantes, que aparecen en los diccionarios, los libros de texto, las publicaciones serias, las conferencias.

El segundo incluye, por un lado, las palabras que se usan normalmente en el hogar para hablar a los chicos, y por otro, alusiones más o menos metafóricas cuyo significado se precisa dentro del ámbito familiar, del que rara vez trascienden (por ejemplo, bautizar con nombres propios los genitales).

El lenguaje popular es el de los chistes, la picaresca y la intimidad. Es florido y creativo, se basa en asociaciones

EL DR. K. RESPONDE LO QUE LOS CHICOS QUIEREN Y DEBEN SABER SOBRE SEXO

sonoras, formales y funcionales, y se multiplica en infinidad de sinónimos y variantes regionales, que tienen en común su “inconveniencia social”. En su *Diccionario secreto*¹, el académico Camilo José Cela registra no menos de 2.500 voces, locuciones y refranes castellanos vulgares relacionados sólo con el pene y los testículos.

Estos léxicos no son fijos: las palabras se desplazan de uno a otro, se contaminan, se entrecruzan, se modifican. Al lenguaje popular pasan, con la categoría de “malas palabras” (en castellano, constituidas en su totalidad por términos relacionados directa o indirectamente con el sexo) muchas de las que se originaron como eufemismos y otras que provienen de la más pura prosapia castiza (por ejemplo, “coño”, descendiente directo del latín *cunneus*, legítimo nombre de los genitales externos femeninos); y, a su vez, de él emigran otros tantos nombres al habla “permitida”, por acostumbramiento del oído social y pérdida consiguiente de su carga supuestamente ofensiva.

El hecho no deja de ser curioso, porque, cualquiera que sea el nombre que se invente, el objeto seguirá siendo el mismo; pero es uno de los fenómenos que ocurren respecto de la sexualidad: lo que se destierra del habla “conveniente” o se admite dentro de ella no es una idea, sino algunos de sus nombres (“...el que vengo llamando lenguaje afinado o distinguido no busca su limpieza en lo que dice, sino en cómo lo dice”, explica Cela en el Prólogo de la misma obra); de ese modo, en una conversación o publicación culta se tolera el uso, por ejemplo, de

1. Cela, Camilo José: *Diccionario secreto*. Alianza/Alfaguara, Madrid, 1978.

LAS COSAS POR SU NOMBRE, PERO... ¿CUÁL ES EL NOMBRE DE LAS COSAS?

la voz “prostituta”, pero “puta”, aunque significa exactamente lo mismo, resulta indecorosa; y es por esa razón que en cualquier país hispanohablante –menos Chile– se puede pronunciar sin pudor alguno la palabra “pico”; que, excepto en Argentina, los mariscos bivalvos tienen “concha”; que sólo en México una elevada “calentura” es el momento menos apropiado para hacer el amor; o que una muchacha venezolana se vería en problemas para aludir a la cantidad de “palomas” que pueblan la Plaza de Mayo en Buenos Aires.

El diccionario científico o educado pierde periódicamente parte de su caudal a medida que este se transfiere al coloquial; casos extremos de este proceso son, entre otros, el del verbo “parir”, que por ser la forma “parió” parte de una muy usada interjección, se ha quedado sin tercera persona del pretérito perfecto; o, peor: aun en el remoto caso de admitir que “puta” no debe escribirse ni decirse, es más que absurdo eliminar *también* la palabra “hijo” de la conocida expresión insultante y reducirla a “**h...** de p...” o “**hache** de pe”, como más veces de lo que quisiera he leído y oído.

No es este el lugar apropiado para ahondar en el origen de toda esta arbitrariedad y escamoteo idiomáticos, que sin duda están vinculados a la poco feliz asociación de placer con pecado inculcada por las religiones occidentales a partir de la Edad Media, pero sí quiero insistir en que se tome conciencia de que nada cambia por el mero hecho de cambiarle el nombre, ni nada desaparece por el expediente de silenciarlo.

Si se reflexiona un poco sobre lo dicho hasta aquí, es probable que muchas de las trabas que entorpecen un diálogo abierto se desvanezcan en su propia ridiculez, lo

EL DR. K. RESPONDE LO QUE LOS CHICOS QUIEREN Y DEBEN SABER SOBRE SEXO

que auspiciará una comunicación más plena y eficaz entre chicos y grandes.

Dada la coexistencia de lenguajes sexuales distintos, independientemente de cuál se prefiera para la conversación con hijos y alumnos en cada grupo cultural y etario, docentes y padres deberán en algún momento oficiarse de traductores e intérpretes, es decir que será bueno que se muevan con soltura de uno a otro registro. Si bien en el ámbito escolar se procurará mantenerse dentro del vocabulario formal –para no herir susceptibilidades, evitar acusaciones y, de paso, enriquecer el léxico infantil y juvenil, bastante deteriorado en la actualidad–, los maestros y profesores deberán estar preparados para reaccionar con naturalidad y comprender o deducir el significado de las palabras de uso familiar o vulgar que empleen los alumnos, unificar sentidos para toda el aula y desarrollar las equivalencias mínimas.

Por su parte, en la casa, sobre todo en los primeros años de los niños, es muy probable que los padres elijan diminutivos y eufemismos para mencionar los genitales, pero tienen que ser capaces de explicar que aquello que en casa han venido llamando “pajarito” es lo mismo que en la escuela se llama “pene” y en la calle... pues el nombre que esté de moda en ese momento, o el que el chico haya oído. Algunos especialistas afirman que si la mano se denomina mano, la oreja, oreja y los ojos, ojos, rebautizar *algunas* partes del cuerpo podría insinuar que algo anda mal en ellas; por mi parte, dado que emplear sinónimos de carácter afectivo es típico del lenguaje general para comunicarse con niños y que la costumbre comprende decir “botoncito” para referirse a su nariz, o

LAS COSAS POR SU NOMBRE, PERO... ¿CUÁL ES EL NOMBRE DE LAS COSAS?

“cuá-cuá” para señalar un pato, y dirigirse a ellos mismos con apodosos o palabras tiernas (“princesita”, “tesoro”, “pichón”, “campeón”, etc.), no creo que el hecho revele una discriminación negativa.

Entre los lenguajes científico y vulgar, es prerrogativa de cada familia determinar el “permitido” y el “inconveniente” en boca o en presencia de los menores, y hacerse los saber al o los docente/s a cargo de la educación sexual, ya sea dictada como materia independiente o como contenido transversal. Pero, al mismo tiempo, padres y maestros deben ser conscientes de que los chicos están expuestos a oír las palabras indeseadas en otros ámbitos, como el grupo de amigos, la calle, los medios, etc., y las repetirán y/o desearán conocer su significado. La respuesta puede *incluir o adicionar* el comentario “no me gusta que digas..., prefiero que uses...”, pero nunca *limitarse* a él, sino dirigirse fundamentalmente a satisfacer, con la mayor precisión posible, la curiosidad manifestada o insinuada.

Nota relacionada con el lenguaje: salvo que sea necesario especificar el sexo, dadas las características del castellano, en este libro usamos el masculino en función de genérico, incluso en singular; así, alumno, hijo o niño incluyen a alumna, hija o niña.